

PROBLEMAS LITURGICOS Y ARTISTICOS EN LA REFORMA DE LOS PRESBITERIOS

Arquitecto: GERARDO CUADRA. Presbítero.

Durante los últimos tiempos me he tenido que enfrentar repetidamente con el tema de la reforma de un templo, labor que no deja de tener interés aun dentro de su gran modestia, pero que hoy especialmente resulta poco grata por la cantidad de dificultades con las que se tropieza y que a mí me han obligado ya en alguna ocasión a abandonar la empresa por imposibilidad de llegar a un acuerdo sobre los criterios a seguir en ella.

Todo ello me ha llevado a realizar alguna reflexión, fruto de la cual son estas notas.

Aunque el tipo de trabajo que puede incluir estas reformas es enormemente variado (construir, por ejemplo, una torre de planta nueva porque la iglesia no la tuvo o la perdió hace muchos años), sin embargo ahora pienso, fundamentalmente, en la reforma interior del espacio sagrado para acomodarlo a las nuevas corrientes litúrgicas y necesidades pastorales, y que se suele centrar en la reforma del presbiterio. Al menos es ésta la que mayores problemas plantea.

Y lo primero que quisiera decir es que pienso que estas reformas pueden tener una gran importancia para la vida religiosa del pueblo. La arquitectura tiene una función pedagógica inestimable, y ella, con la debida ordenación de espacios y lugares, puede constituir en sí misma una lección de espiritualidad para el pueblo cristiano, ayudándole a jerarquizar debidamente los distintos elementos de la piedad, reclamando su atención sobre lo más importante y dejando en segundo término lo que es secundario, subrayando los distintos elementos constitutivos de la acción litúrgica, etc. No se trata de un superficial "ponerse a la moda" ni de un simple cambiar el altar de sitio para no tener que seguir diciendo la misa de espaldas al pueblo, sino de pensar en serio en que la vida de piedad de la comunidad cristiana debe discurrir por otros cauces, y de colaborar no sólo, pero sí también, con la arquitectura en el cambio de mentalidad.

¿Qué problemas se plantean en una reforma de este tipo? Distinguiré dos planos: el litúrgico y el estético.

PROBLEMAS LITURGICOS.—La primera necesidad con que nos encontramos frecuentemente es la de una mayor amplitud del presbiterio, como consecuencia de colocar el altar aislado y tener que contar con espacio para la sede o el ambón, inexistentes a veces en la solución anterior, y junto a ello también suele ser necesario una mayor conexión del presbiterio con la nave, normalmente separados por verjas, expresión de una anterior distinta valoración de lo sacro, y que ni siquiera desde el punto de vista "práctico" como comulgatorio parece que tenga ya razón de ser si observamos no tanto la disciplina todavía vigente entre nosotros cuanto la práctica ordinaria en muchos lugares y el espíritu por el que parece caminar la nueva liturgia.

Analicemos ahora brevemente cada uno de los elementos que integran el presbiterio.

ALTAR.—Un posible problema es el de su tamaño. En presbiterios grandes nos encontramos con altares enormes de acuerdo con una liturgia que exigía desplazamientos del celebrante en distintos momentos de la misma (evangelio, lavabo...), y que además armonizaban plásticamente con grandes retablos a los que servían de zócalo o basamento. Ahora, por el contrario, las funciones a realizar en él son más reducidas, y prácticamente exigen sólo su zona central, por lo que es lógico tender a un altar de reducidas dimensiones. Pero en el caso de reforma no se pueden ignorar las dimensiones ya dadas del presbiterio y la importancia de ese retablo que quizá tiene al fondo. Hay que evitar que el altar desaparezca en el conjunto y lograr que tenga, aun plásticamente, el peso y la importancia que debe de tener. Hay una razón que puede exigir un altar grande, y es la posibilidad de realizar concelebraciones, pero en la mayoría de los casos se trata sólo de una posibilidad que no debe condicionar el resultado.

Otro problema que se puede plantear es el de su colocación lateral, es decir, fuera del eje del presbiterio. Se trata de una solución muy ensayada, al menos en iglesias nuevas de otras latitudes, que presenta la ventaja de una mayor visibilidad de la sede colocada al fondo en el eje, y el de una composición del conjunto más dinámica, pero que parece requerir una liturgia bien desarrollada y que creo, lo digo por experiencia, que ha de encontrar una gran resistencia en nuestros ambientes. Diré de paso que resulta mucho más fácil realizar cualquiera de estas experiencias renovadoras en una iglesia de nueva construcción, no sólo porque el ambiente total de la arquitectura puede favorecerlas, sino porque, normalmente, las nuevas iglesias corresponden a grupos sociológicos más jóvenes y más abiertos a las nuevas corrientes.

AMBON.—Puede ser único o doble. En principio parece preferible la solución de ambón único, pues evita la multiplicación de los polos de atención, concentrando toda la proclamación y comentario de la palabra de Dios en un solo lugar suficientemente jerarquizado. Pero también aquí, como en el caso del altar, habrá que tener en cuenta los elementos ya dados de la arquitectura del presbiterio para lograr una armonía en el conjunto. En cuanto a su diseño, habrá de ser tal que subraye con la potencia de sus formas la firmeza de la Palabra de Dios desde él promulgada. Si la categoría del presbiterio lo permite, es conveniente el disponer un lugar de menos relieve que el ambón para el comentarista. Articulado de algún modo con el ambón, puede disponerse el lugar de exposición de la Biblia.

SEDE.—Prescindiendo en principio de la solución, con fuerte tradición en la iglesia oriental de colocar la sede en la nave, mirando hacia el ábside, por considerarla difícilmente viable entre nosotros, a pesar de las indudables ventajas que ofrece, como la de acusar

una mayor diferencia entre la liturgia de la palabra y la acción propiamente sacra. Sólo esta última se desarrolla en el ábside, con lo que queda subrayado así su carácter de zona reservada a la divinidad.

Dentro ya de la tradición occidental, parece que la solución lógica es la de situar la sede en el eje del ábside, al fondo. Sin embargo, en la práctica, es éste uno de los puntos que más dificultades me ha creado. Por dos razones: por la incompreensión de la función litúrgica de la sede en una buena parte de los ambientes eclesiales y por la colisión que se establece entre sede y sagrario al querer mantener a toda costa este último en el eje del ábside. Con todo, si queremos que el celebrante aparezca claramente presidiendo, habrá que hacer todo lo posible por colocar la sede al fondo, en el eje, suficientemente elevada y realizada de material noble para que no dé la impresión de un mueble accesorio. En el caso frecuente de encontrarnos con un retablo que hay que conservar, habrá que estudiar la forma de que la sede quede en lo posible subrayada, destacándose discretamente sobre toda la teoría de columnas y bajorrelieves del retablo. En más de un caso suele presentar éste un vacío en el eje, en toda la altura correspondiente al primer piso de su ordenación, y que posteriormente ha sido ocupado por un ostensorio, un camarín o un sagrario grande. Ese vacío presenta una posibilidad para situar la sede con suficiente categoría, respaldándola con un panel que ocupe todo el vacío. En el supuesto, claro, de que hayamos podido llevar el sagrario a otro lugar. En caso contrario, la solución será siempre más difícil y menos clara. Pero aun entonces me parece preferible el mantener en el eje la sede, entre el sagrario y el altar, siempre, naturalmente, que se salve con dignidad la visibilidad del sagrario y el buen funcionamiento del conjunto. La colocación lateral de la sede, de difícil composición con un gran retablo al fondo y con eje muy marcado, no sitúa además al celebrante en una posición clara de presidencia.

SAGRARIO.—En sí no constituye un elemento esencial del presbiterio. La ubicación del sagrario fuera del altar mayor es completamente lícita después de la Instrucción del 26-IX-64. Es más, el mismo Consilium en normas aclaratorias publicadas posteriormente aconseja, al menos en las iglesias grandes, el dedicar una capilla a la reserva de la sagrada Eucaristía, recogiendo en cierto modo la intención de la Comisión Preparatoria del texto conciliar y la experiencia larga de esta solución recomendada ya por el Episcopado alemán en 1947. Y esta solución se aconseja no sólo en el caso de construcción de una iglesia nueva, sino en el de una simple reforma o adaptación (Cf. núm. 90 de la Instrucción). Sin embargo, el retirar el sagrario del presbiterio o altar mayor encuentra no pocas resistencias. La costumbre y la rutina tienen un peso enorme, y lo que quizá se acepta en una iglesia nueva se interpreta en la vieja como un desprecio hacia el Santísimo, sin

pararse a reflexionar que, retirado a una capilla lateral, puede quedar en un espacio más propicio para la devoción privada. Creo, pues, que con prudencia, pero también con decisión, habrá que intentar en lo posible esta solución.

La dificultad definitiva aparece cuando la iglesia, aunque grande, es de una sola nave, con un eje muy marcado y sin posibilidad clara, por tanto, para poder colocar el sagrario en un lugar, con la necesaria dignidad, fuera del altar mayor. Si además el contorno posterior del ábside está ocupado por un gran retablo que hay que conservar, las posibilidades de solución quedan muy limitadas, y quizá la más lógica sea la de colocar en el mismo retablo a una altura conveniente para que no lo oculte el celebrante en ningún momento, aunque para ello hubiera de disponer de una escalera de acceso al sagrario.

Siempre queda, naturalmente, la solución de colocar el sagrario encima del altar, aunque pensamos que para una sensibilidad religiosa desarrollada es ésta la solución menos aceptable.

PROBLEMAS ARTÍSTICOS.—No son pocos los que pueden plantear, y que requieran no sólo sensibilidad, sino también una gran prudencia para abordarlos. La prudencia es en cada caso la que debe decir si se debe o no prescindir de un retablo o de una pieza aislada, si se deben respetar o aun completar unos elementos

arquitectónicos, etc. Por un lado, toda actitud de respeto hacia el legado recibido del pasado es poco, pero sin olvidar que la iglesia no es un museo, sino un recinto para orar, para relacionarse con Dios a través de la oración privada y de la liturgia. Y que muchas obras notables desde el punto de vista artístico, por no favorecer esa finalidad del templo, quizá tendrían su lugar más apropiado en un museo; eso sin olvidar la cantidad de obras de escaso o nulo valor, cuando no de dudoso gusto, que llenan muchas de nuestras iglesias.

Cuando nos encontramos en este último caso el camino a seguir es fácil. Limpiar y crear algo nuevo sin más limitación que la arquitectura que va a albergar la nueva obra que marca ya un ritmo espacial que hay que respetar, cosa que tantas veces olvidaron nuestros creadores de retablos, que parecen a veces hechos para otro espacio distinto de tan mal como se acomodan a aquel en el que se encuentran enclavados.

Pero lo más normal es que tengamos que conservar, por ejemplo, un retablo, teniendo que rehacer el resto del presbiterio. Nos encontramos con el problema de tener que armonizar piezas nuevas con lo recibido del pasado, problema interesante que exige el abordarlo con decisión. Salvo algunas excepciones (reconstruir o completar algún elemento de arquitectura u ornamentación porque así lo exija su propio valor

o la armonía del conjunto), la única solución limpia a este problema está en utilizar con honradez el lenguaje artístico de nuestro tiempo. Con la mirada muy atenta, naturalmente, al entorno que nos es dado y en el cual vamos a colocar la nueva obra, buscando su empaste y su integración en el conjunto por la proporción, la modulación, el material y su textura, etcétera, pero nunca con la imitación falsa de un estilo.

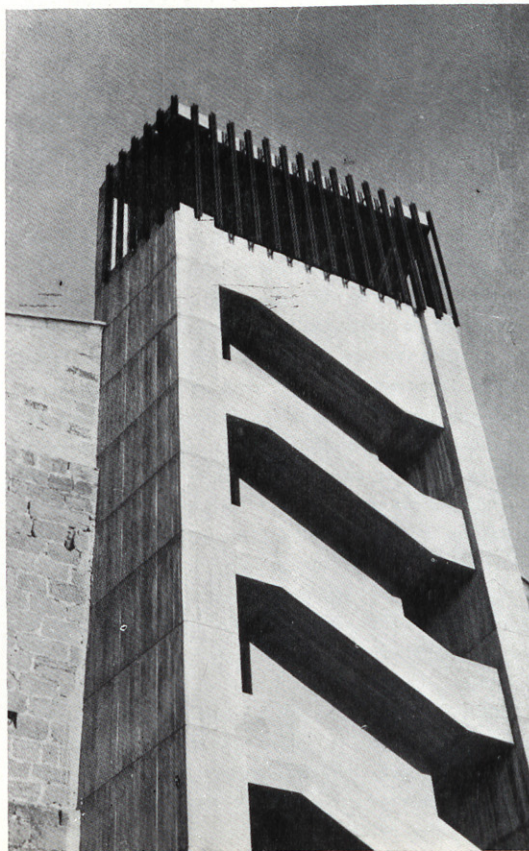
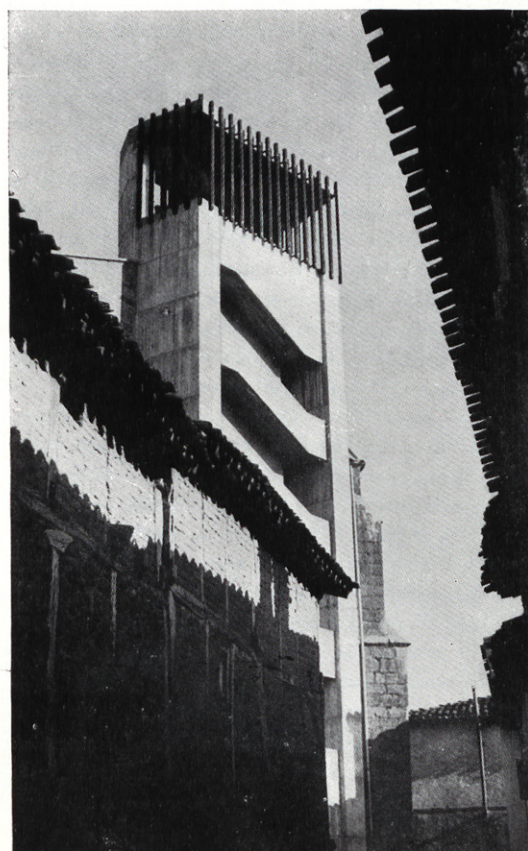
En realidad, el problema aquí, aunque a muy distinta escala, es paralelo al de la integración de una nueva obra de arquitectura en el paisaje natural o en uno urbano con personalidad definida. Este modo de enfocar el problema entraña riesgos ciertamente, pero es el único artísticamente vivo, y la vida supone siempre un riesgo.

A continuación presentamos algún pequeño ejemplo de lo dicho en estas notas sobre reformas de presbiterios.

NOTA.—Después de escrito este artículo ha sido publicada una Instrucción sobre el "Misterio Eucarístico", en la que ya con toda claridad se pide que, en cuanto sea posible, se retire el sagrario de la nave central a una capilla lateral (núm. 53) y se insiste en la no conveniencia de colocar el sagrario sobre el mismo altar de la celebración, para que Xto. sacramentado no esté presente con anterioridad a la consagración dentro de la misa.

NUEVA TORRE DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE CAMPROVIN (LOGROÑO)

Arquitecto: GERARDO CUADRA. Presbítero.



Hace aproximadamente un siglo se había derrumbado la vieja torre situada a los pies de esta iglesia. Como ella hacía de contrafuerte, al desaparecer, los empujes de las bóvedas habían desplomado el muro posterior, deformándose las bóvedas que en él se apoyaban, hasta tal punto que amenazaban ruina.

Ante la necesidad urgente de la restauración de las bóvedas y de la cubierta, y siendo necesario colocar algún contrafuerte que contrarrestara el empuje de las bóvedas restauradas, se pensó en construir una torre donde colocar el campanario. La función de contrafuerte decidió la estructura de la torre, que quedó organizada por dos machones de hormigón en masa perpendiculares al muro de la iglesia entre los cuales se desarrolla, enlazándolos, una escalera exterior. Como material único se ha escogido el hormigón, dejándolo con la huella del encofrado visto, y confiando el efecto plástico al juego sobrio de vacíos dejados por el propio trazado de la escalera, que se dibujan con fuerza sobre el volumen total, y al volumen terminal del campanario caracterizado por la verticalidad del enrejado que lo limita y que está formado por perfiles metálicos normales debidamente acoplados.

Desde el punto de vista estético se ha buscado la experiencia de integrar unas formas y unos materiales actuales en la fuerte y sobria fábrica de la iglesia, no menos que en el conjunto de las construcciones rurales que la rodean.